

Gentes y Paisajes

Texto y fotografías:
MIGUEL SALGUERO.

Nº 34 - Un carbonero

Así vivimos los ticos

Francisco Vega Vega, 59 años, casado, 6 hijos, carbonero, vecino de La Trinidad (Madreselva) de Dota.



Francisco Vega Vega, de 59 años, carbonero, nos cuenta su vida, la de los suyos, y lo que lo rodea, en esta nueva entrega de la serie Así Vivimos los Ticos.

—¿Podría decirnos cuántos árboles ha convertido en carbón durante el tiempo en el cual se ha dedicado a esta actividad?

—Ah, ve, de eso si no me doy cuenta. Más de un palo me he apeado. Aquí y en donde he carboneado mucho, en otras partes. Casi desde que tenía nueve años he sido carbonero; aprendí ayudándole a un vecino: Ah, no, no, no; darme cuenta yo? qué va.

—¿Cuáles son los mejores árboles para el carbón?

—Roble y encino es la mejor leña para eso.

—¿Y cuántos sacos se obtienen de un roble grande?

—Ah, es que como hay de muchos tamaños. Doscientos y trescientos sacos, a según el garrote. Idiay, hay palos que de dos tucanas grandes, como allí donde don Rodrigo Cubero, sacaba 18 sacos. De ese palo saqué como 5 quemados, cada uno de 15 o 18 sacos. Hay palos grandes que sacan con bueyes y dan 35 y has-

ta 50 sacos por quema. Es que a según el palo...

—¿Qué siente Ud. cuando está volteando un árbol de esos enormes, centenarios, que son como un tesoro de la naturaleza?

—Ah no; nada, nada. Solo sudor y cansancio de volar hacha. Aquí hay muchos que ya han podido comprar sierra para voltear, y hasta para rajar leña; pero yo no. Yo me manejo solo con los chiquitos, a voltear y rajar con hachas y cuñas nada más.

—¿Y no le parece que van a terminar con estos bosques de seguir haciendo carbón?

—Ah, no; qué van a terminar-se los palos; entre más adentro, más colonias de leños.

—¿Usted cree que el oficio de carbonero va a desaparecer?

—No, no; decían que el oficio del carbón iban a quitarlo después de que cogió el triunfo don Pepe...

—No por el hecho de que los

quiten, sino debido a que la mayor parte de la gente cocina con electricidad o con gas; ¿qué dice Ud.?

—Sí, pero a pesar de eso siempre se vende bastante. No ve que se pone caro por tiempos? Claro, a veces se baratea; yo le vendo a un señor de por el lado de Paso Ancho.

—¿A Ud. le gustaría dedicarse a otra actividad?

—Con todas las de ley, sí. Ahora estoy haciendo un trabajito de guarda aquí en la carretera. Gano más que cuando saco carbón, y solo yo, sin los güilas. La quincena pasada me vinieron de sueldo ₡ 132.50.

—¿Y cuánto gana trabajando en carbón?

—Ah, hay semanas que no me gano ni cincuenta pesos. Cuarenta, treinta; así. Y no hay oficio tan matado como el del carbón, ninguno; y oficio dañino para la salud, de feria. El polvo y la calor; tanto se ha publicado y se ha conocido de casos de pulmonía y esas cuestiones. Tal vez saca uno una carbonera

en un alto, como donde yo quemó carbón, y viene un ventolero y uno bien sudado de echar el carbón afuera, y lo apaña el viento y de ahí viene la pulmonía. ¿Usted sabe lo que es estar bien sudado y que un viento le bañe la nuca?

—Cuando Ud. va a San José y ve a los oficinistas bien sentados, ¿cree que hacen un trabajo duro?

—Es duro por el pensamiento, por estar uno gastando cerebro para estar escribiendo y todo, pero no se compara con este oficio de nosotros. Para el jornalero no hay oficio bueno, diario está uno obligado, aunque sea en trabajo propio, pero el carbón es lo último.

—¿A qué hora se levanta Ud.?

—A las cuatro; y hace mucho frío, más aquí en este punto. Ah mire, yo fui a buscar trabajo a San José; anduve todos los hoteles a ver si necesitaban un guarda; y fui a la municipalidad. Me dijeron que volviera dentro de 15 días. Fui al Ministerio de

Trabajo y me dijeron que me presentara el dos de setiembre a ver si había algún puesto. He ido varias veces y nada.

—Volvamos a lo de aquí; ahora después platicamos sobre esos viajes a San José. ¿Dígame, se calientan por las noches...?

—Ah... Viera qué barbaridad el hielo aquí. Solamente con cuatro cobijas de lana. Y nosotros no tenemos. Mire, esa cobija que trae Ud., perdone para tantearle el grueso; pues ni con ocho de esas cobijitas que se eche uno se calienta...

—¿Y los chiquitos no se quejan del frío?

—Por dicha que ya están costunbrados. Tal como yo cuando estoy de guarda me meto los pies en un saco de gangoche y me echo una cobija en la espalda...

—¿Por las mañanas no le dan ganiñas de seguir en la cama?

—Sí, le dan ganas a uno de seguir durmiendo, pero hay que levantarse porque está uno con la idea del trabajo.

—¿En qué consiste su desayuno?

—Café y arroz y frijoles; y frijoles y arroz al día siguiente, para que no me aburra. Otro día como gallopinto, para variar, ah sí. Ah, y tacos de arroz y frijoles.

—¿Tiene Ud. terreno propio?

—Sólo en la espalda tengo un terrenito. Esto es propiedad de un señor de Cot de Cartago; Antonio Ribera se llama él. Nos da la casa y leña para carbonear. Ya tenemos tres años de estar aquí. Cuando yo fui a hablar con la señora nos dijo: llévese la llave y un día de estos vamos para llevar un alambrito para cercar la peña del camino. Y no ha venido todavía...

—¿Cuánto tarda Ud. para voltear un roble de esos de dos metros de diámetro?

—Por ahí de cuatro o cinco horas. Un palo que me dio quemados de 18 sacos estuve todo un día volteándolo; y fue darle y darle y darle y no lo pude apear. Era un día sábado y tuve que dejarlo. Yo dije, tal vez con el viento cae; pero llegué el lunes y estaba igual. Me costó mucho echarlo a abajo.

—¿Cuánto tarda para allistar una quema?

—A según la clase de leña. De roble, por lo menos tres días tarda uno en dejar lista la quema.



En el comedor de su vivienda, situada en La Trinidad de Dota, don Francisco posa en compañía de su Sra. e hijos: Marisa, Teresa, Clara y Piedades. Faltan en la fotografía los varones Vianey y Gerardo.

Continúa...

"Cuando los chiquitos trabajan se crían muy sin fuerza; y se van aniquilando porque pasan ratos de necesidad por el hambre y porque se mojan..."

Se come lo que haya. Arroz y frijoles y algún huevito cuando hay, cuando pone alguna. Leche solamente que hubiera vaca.



Tres de las menores se acurrucan cerca del fogón para protegerse del frío. Se llaman Teresa, Clara y Marisa.

—¿Qué sistema emplean Uds. para armar la quema?

—Hacemos un hoyo grande, ancho, hondo y largo. Dos varas de ancho y seis o siete de largo. La peña del lado de abajo de media vara de hondo.

—¿A qué precio le pagan el saco de carbón?

—Aquí me lo están pagando a cinco; pero a veces sube el precio. A otros les pagan a seis veinticinco. Hay época en que pagan hasta siete colones.

—¿Y a qué precio venden los camioneros en San José?

—A trece, catorce y hasta quince colones el saco. Lo venden a ese precio por lo que gastan en el camión y por los días de trabajo. El que me compra a mí lo vende al menudeo en su casa. Lo venden a 50 o seis reales la bolsa.

—¿En dónde nació Ud.?

—En San Isidro del Guarco. Mi señora nació en La Estrella. Mi papá era jornalero; picaba leña y cosas así. Murió cuando yo estaba pequeño.

—¿Había carboneros en su familia?

—En ese tiempo el carbón se usaba en fraguas nada más. Y se hacía en la forma que llaman carbón venteado, que no se tapa el hoyo; le echaban leña y leña sin tajarla. Un tío mío murió en ese oficio. Y cuando estaba enfermo botaba sangre negra negra: requemado por dentro. El caloraje.

—¿Cuánto dura para quemarse una carga?

—Ocho o diez días; o quince y a veces hasta veinte días, depende.

—Y pasando a otra cosa, ¿Ud. fue a la escuela?

—Sí señor; estuve apenas tres años. Y ya entré duro, casi como estoy ahora. Entré de on-

ce y salí de catorce. Sé leer y escribir; no se me olvidó.

—¿Y a qué edad comenzó a trabajar al hacha?

—A los 10 años; le ayudaba al tío a jalar tapa para tapar el hoyo. Después empecé a volar hacha. Ah bueno, voy a explicarle cómo se hace la quema. Cuando uno calcula que está completa la carga, corta la tapa. Y pone la tapa bien cubierta con tierra; se ponen las cabeceras en cada puerta, para que la tierra no se vaya entre el hueco. Así que se tapa todo, se le echa el fuego por la puerta de abajo para que salga el humo por la de arriba. Así no lo jode a uno; cuando lo jode a uno la carbonera es cuando saca el carbón.

—Bueno, don Chico, ¿a qué edad se casó?

—Ya duro: de 41 años. Ahora tengo 59; soy duro de pelar. Ya pasé de medio siglo y, ¿no le digo? Trabajando desde chiquito.

—A propósito de niños, ¿le ayudan sus güilas en el trabajo?

—Ah, sí señor. Me ayudan mucho. Dos aquí y dos en el aserradero de la Chonta, donde una tía.

—¿A qué edad empiezan a trabajar aquí los niños?

—Apenas puedan. Mire, ese chiquitico que tengo allí, de unos once años, es muy bueno para jalar leña y tapa. Sí, empiezan a los ocho o nueve años.

—Dicen que cuando un chiquito trabaja mucho se queda medio revejido. ¿Qué cree Ud.?

—Por cierto. Eso no lo sabía yo; pero ahora viejo ya lo sé. Se crían muy sin fuerza. De todas maneras nacen muy sin fuerza por la pobreza. Si se ponen muy pequeñitos a trabajar se van aniquilando, porque pasan hambre o tal vez porque se mojan...

—¿Su señora le ayuda a trabajar en el campo?

—Ah no; antes sí; ella hacía carbón, cuando soltera. ¿Le contó? Ya ve, no miento yo. La otra hermana y ella volteaban palos de roble y hacían carboneras.

—Ahora díganos, ¿a qué horas almuerzan en este lugar?

—Idiay, habiendo comida a la hora que me jale la tripa: a las nueve o las diez; a veces más tarde. Cuando iba a buscar palmitos por el lado de Copey desayunaba a las dos de la tarde...

—¿Y en qué consiste su almuerzo?

—Lo que haya ahí. Arroz y frijoles y algún huevito cuando hay, cuando pone alguna. Leche solamente que hubiera vaca...

—No toman leche sus chiquitos?

—No, no; tengo una vaquilla que compré hace poco pero ya no da casi; apenas como una botella. Es que está pronta.

—¿Cuánto tiempo saca para almorzar?

—Poquito; una media hora. Si es trabajo propio, se baja el almuerzito y a pararse a seguir tirándole.

—¿Trabaja por las tardes?

—Según sea el trabajo. Yo me vengo para la casa a las tres o las cuatro, cuando estoy en lo mío.

—Hemos visto que algunos campesinos ahora llevan el radio al trabajo para estar oyendo las noticias. ¿Lo hace Ud.?

—A, a mí no me gusta porque pasa uno el tiempo y no le sale bien el trabajo. Solo cuando cuido, lo llevo los domingos.

—¿Pero, si oye las noticias? ¿Están al tanto de lo que pasa en otras partes?

—Eso sí; aquí la señora es la que se pone a oír; y la muchacha lo pone porque le gusta oír la bulla del radio.

—¿Lee periódicos?

—Sí, pero no puedo porque la letra pequeña me molesta mucho la vista. Me gusta saber cosas que han pasado pero no puedo leer, ya le digo.

—¿Lee alguna clase de libros?

—Ah no, nunca. Yo he leído libros, pero ahora no me gusta. Es que no puedo ver la letra menuda.

—¿Ha visto alguna vez la televisión?

—Sí he visto, pero tampoco me gusta. Los chiquitos sí van a ver el televisor de don Crispín, en La Trinidad, pero yo no.

—Entonces, ¿aunque tuviera luz eléctrica no compraría televisor?

—No, no. Bueno, solamente que don Pepe me mande unos dos mil colones para comprar uno.

—¿No tiene cañería por aquí?

—No, el agua se trae como a ciento cincuenta varas ahí para adentro. Es muy bonita el agua, pero el caminillo es de lo más feo cuando llueve; ahora está bonito.

—¿Cree que sus hijos tengan "animalillos" en el estómago?

—Hombré, quién sabe! A mí me han dicho que aquí en este punto hay mucha ameba. Esta agua dicen que no es mala; pero la otra, la de la paja de donde las Marías, el agua sale como con achote. Quién sabe en qué consiste eso; algunos dicen que es cuestión del hierro...

Continúa



Esta es la casa que ocupa la familia de Francisco Vega, en La Trinidad de Dota. Se encuentra situada a unas 75 varas de la carretera.

"Ah no; eso sí que no lo creo. Porque es puro cuento que meten para jalar votantes y votantes. Después cuando salen electos no se acuerdan de que nos dijeron esto y esto..."

A veces nos han dado a los chiquitos y a mi libros evangélicos y espiritistas y apenas veo la letra de lo que es, ¡al fuego van!



Este es uno de los trabajadores del carbón en las cercanías del Cerro de la Muerte. Se llama Manuel Navarro y prepara la cama de una carbonera. Puede observarse al fondo el tronco del cual ha sacado la leña para esta quema.

—¿Le padecen mucho sus chiquitos?

—Ah no no; ¿verdad que no? En el tiempo que tenemos de vivir aquí, nada. Este lugar es muy sano; yo se lo he dicho a mucha gente: los puntos helados son buenos para vivir. Y como hace frío dan ganas de trabajar, para calentarse. También dan ganas de comer y tomar café, aunque sea con lengua nada más...

—¿A qué hora comen por las tardes?

—A las cuatro o las cinco, más o menos. Después se queda uno por ahí, volando pico nada más. Tal vez a las seis y media ya está uno en la cama. Otros días son las nueve y está uno en pie, por estar oyendo el radio.

—¿Le cuenta historias a sus hijos?

—No, de eso no; no soy lengón. Solo alquilo que haya pasado; carambadillas.

—¿Van a pescar a donde los vecinos?

—Muy poco. No, si estamos aquí donde nosotros casi siempre metidos en la casa.

—¿Tiene alguna escuela cerca?

—No, solo en La Trinidad a una hora de camino ahí para abajo. Hora y media para arriba. No los mandamos. Tal como estas dos grandecitas están sin clases; esa otra estuvo cuatro meses en la escuela en Macho Gabb, cuando vivíamos allá. Esta otra sí sabe bien las letras.

—¿Son católicos? ¿Van a misa los domingos?

—Sí, somos católicos. Vamos a misa cuando hay lance a La Trinidad. El padre de Santa María viene cada mes.

—¿Rezan el rosario todas las noches?

—A veces; cuando está uno bien cansado de trabajar, cuando lo agarra el sueño, entonces no. Está uno deseando coger la cama. Pero si uno sabe oraciones, las reza a los papás finados o a los santos.

—Hay un viejo dicho que afirma que el carbonero tiene mucha fe. Por ejemplo, ¿Ud. le cree al padre todo lo que dice en el sermón?

—Ah claro; si uno es católico, cree en todo lo que dice el sa-

cerdote. Más cuando son misioseros; más por ahí.

—¿Y cree en lo que dicen los políticos?

—Ah no; eso sí que no. Porque es puro cuento que meten, para jalar votantes y votantes. Después cuando salen electos no se acuerdan de que nos dijeron esto y esto. Eso no me baja; no me viene de cuello.

—Pero, ¿Ud. va a las reuniones políticas?

—Ahora no; antes sí iba, como cuando estaba el finado Calderón Guardia. Estaba jovencillo pero después me di cuenta de que era pura vara lo que decían.

—¿Ud. vota siempre? ¿Tiene fe en que el país va a cambiar al depositar el voto?

—A según, pues uno tiene algo adentro como que le dice que tal vez vaya a cambiar el gobierno para que haya un favor para los pobres, para la pobreza.

—¿En campaña llegan a hablarle a Ud. los políticos?

No, aquí no. Algunos amigos de afuera si me meten conversación, pero yo la sigo a veces, otras no.

—¿De religión si llegan a conversarles?

—No, nunca. A veces nos han dado a los chiquitos y a mí libros evangélicos y todo eso, espiritistas, y apenas veo la letra de lo que es, al fuego van! Nada de eso queremos. Dice la muchacha que sabe leer: eso no va con nosotros, que somos católicos.

—¿Y cuestión del comunismo; ¿qué ha oído decir?

—No me gusta. De esto ha-

blaban en la pulpería un día de estos, sobre cosas de comunismo y protestantismo. Que el protestantismo es la religión más fregada; que en cambio el comunismo cree en Dios y no en la Virgen. El evangélico tampoco cree en la Virgen; pero que el protestantismo no cree en nada. Eso estaban diciendo. Yo he visto papeles de los evangélicos diciendo que no quieren que maten los pajaritos, y cosas así, que me parecen buenas (aquí nos permitimos hacerle a don Chico algunas aclaraciones. N. R.).

—Díganos, usted está contento con este sistema de gobierno que tenemos, ¿o le gustaría que hubiera un dictador?

—Quién sabe! Eso no me suena bonito.

—Bueno, es que mucha gente afirma que un dictador podría poner un poco de orden; terminar con la vagancia y los ladrones. ¿Qué le parece?

—Ah sí, como en tiempos de León Cortés; que todos los vagamundos y los maleantes los iba a mandar a trabajar a la zona. Cuando don León, estuvo bonito. También estuvo bonito el país cuando Calderón Guardia, que ya es muerto. Cuando Trejos anduvo bien; y la otra vez cuando estuvo don Pepe, estaba bonito; pero ya ahora ha cambiado la cosa. Porque todos los que fuimos a votar por don Pepe creemos que este año se iba a componer la cosa y más bien fue peor. Pensamos todos que ahora iba a ser mejor todavía que la otra vez, pero nos volvió la espalda.

—¿Qué le parecen a Ud. los norteamericanos, ¿los gringos?

—Esos sí son mejores, porque en cuestión de pobreza, dan trabajo a mucha gente. Los que hemos trabajado aquí en la ca-

rrera vemos que los gringos no hacen de buscarle mal al pobre.

—Bueno, ¿y qué ha oído decir de los rusos?

—Malos, porque los rusos son puros comunistas. Yo medio oí que habían puesto algo en San José los rusos. ¿Es cierto eso?

—Una embajada. ¿Qué le parece a Ud.?

—No me suena bonito. Ya las generaciones son casi todas comunistas.

—¿Qué piensa Ud. de los diputados?

—Idiay, no se cómo caminará eso. Yo conozco varios diputados. Y ahora me acuerdo de lo que me pasó con un güitre cuando fui a buscar trabajo a San José. Llegué al Ministerio de Trabajo hace poco y estaba el güitre del lado de afuera. Y me dice: Señor, para donde va aquí para adentro? Yo iba a solicitar trabajo, a dejar unas hojillas que llevaba en la mano, que me habían dado en otra oficina. Señor, ¿para dónde va?, me dijo el hombre, muy preparado y de buena edad, mayor. Idiay, tengo autorización de venir aquí a buscar trabajo y llevo unas hojitas para que me apunten, donde el secretario de arriba, en la oficina general. Nada, aquí es prohibido de que entre. Idiay, yo tengo autorización de entrar. Nada, si no me hace caso l'omo la ambulancia, ¿cómo se llama eso? Radiopatrulla para que se lo lleven. Bueno, bueno, siendo así, siga cuidando ahí el Ministerio y ya salí yo. Me fui a la oficina en donde me habían dado las hojitas. Idiay, ¿cómo le fue? El guarda no me dejó entrar. Ah, me dice, vamos a ver, ahora teléfono. Entonces yo me salí y me fui a buscar la Musoc para venirme para acá.

Continúa...



"Antes sí iba a las reuniones políticas, pero después me di cuenta de que era pura vara lo que decían..."

"¿La vida? Cara, cara. Nada barata. Todo está carísimo. Y hay que ver lo que cuesta conseguir el cinco. Se gana uno diez colones al día y va a la pulpería y es nada lo que le dan a uno..."

Por un lado o por el otro siempre le zafan a uno lo del impuesto.

—¿Usted oye las sesiones de la Asamblea?

—Por radio? Ah, no señor; eso no.

—¿Qué ha oído decir Ud. de Fidel Castro?

—Fidel Castro el comunista. Ah siempre se ha oído nombrar mal. Todavía existe, ¿verdad? Es que decían que lo habían matado, pero no.

—Y de Salvador Allende, el presidente de Chile?

—No lo he oído mentar yo.

—¿Cada cuánto va a San José?

—Allá cada mes, cada mes y medio, cuando hay oportunidad. A Cartago muy poco. Yo compro el diario aquí en la Trinidad; me dan buen precio y son buenos artículos. Cuando voy a San José es en vía de buscar trabajo; o cuando cortaba palmitos, a venderlos.

—¿Usted cree que la vida está muy barata?

—Ah, cara, cara. Nada barata. No, no. Todo está carísimo. Hay que ver lo que cuesta el cinco. Se gana uno diez colones al día, que es lo que pagan aquí al jornal, y va uno a la pulpería y es nada lo que le dan a uno.

—¿Cuánto gasta en la comedería para la familia?

—Por ahí de 95 o 100 colones por semana. Es que hay que ver: uno tiene mucha boquita que come. Y si se va a comer uno un gallito bueno, gasta más de 100 colones. Tal como ahora es-

toy contento con el trabajito de guarda; ojalá se me haga largo y yo esté alentado para seguir.

—Algunos políticos dicen que los pobres no pagamos impuestos. ¿Qué le parece a Ud.?

—Ah no; siempre hay que pagarlos; siempre le zafan a uno lo del impuesto. Por un lado o por el otro. Idiay, va usted a comprar un trapito, y ya viene: le zafan más para pagar el impuesto ellos, entonces sale de la bolsa de uno.

—¿Usted va en cazadora a San José?

—Sí, en la Musoc. Me cobran cuatro cincuenta de aquí a San José. Siempre me llevan, pero cuando va llena la primera, me voy en la segunda.

—¿Cómo ve Ud. a la gente de San José? ¿Lo tratan bien?

—Bueno, hay de todo.

—¿Le han robado algo?

—Me han querido robar. Ahí frente al hotel de la Florida. Yo andaba en el asunto de buscar trabajo de guarda y llegó una de esas mujeres que le conté con seis más. Y me metieron la mano a la bolsa, como por molestar, y me quitaron la billetera con cinco colones, la cédula y una santica, Santa Teresita. Las jodidas me la sacaron. Eran cinco o seis carambas y bromando y bromando comenzaron a hacer guerra con la billetera. Era a ver si yo llevaba plata para quitármela. Me quitaron además unos paquetes de meneitos y sorbetos para estas chiquitas. Pero yo estoy conforme que estando uno en San José los güitres están a favor del pobre. Yo bata-

llaba con las jodidas, hasta un cuchillo tenía yo en el hotel. Eran como las seis y media de la tarde. Al rato me dieron los meneitos y los sorbetos, pero nada de la billetera con la plata y la cédula. Ya era tarde y no podía entrar al hotel sin la billetera. Cuando en eso vi un carrito especial, así al frente y ya vi; dos güitres que andaban de ronda. Entonces les conté el asunto que me pasaba. ¿Cómo así? ¿Cuál es?, me preguntaron. Aquella que está allá, la de sweater azul. Yo ando listo, si no tengo más que esa librita. Soy jornalero. Me dicen: espérese un momentico, vamos a ver. Se juntaron los dos güitres y yo a la par de ellos. ¿Cómo así? Dijeron ellas. Es que este señor viene siempre a molestarnos aquí. ¿Cómo? Si apenas vendré una vez al mes a buscar trabajo, no a molestar. Yo solo traigo lo que ustedes me quitaron la billetera, con la cédula y la santica y los cinco pesos. Entonces estuvo lista una y se la pasó a la otra. Después hicieron como que me la daban, pero nada. El güitre dijo: abran la puerta de la pa trulla, van a ir arriba a ver si allá no le dan la planta al señor. Métase Ud. adentro, le dijo a la muchacha. Y me dice a mí; métase a la par. Vas a ver, dijo la fregada, te va a salir otro conmigo la cosa. Yo le dije: si querés, ya. Yo tenía en la bolsa esta cuchilla, veála; la saque y le dije: ya, sin querés, antes de que me fregués, te friego. No te vas a reír de mí. Y me dice el



Aspecto de la cocina de la familia Vega. Trabajo arduo y ambiente de pocos recursos y mucho frío...

güitre: no, no, no hagás nada, no seas bárbaro. Arrancó la patru-lla y jaló, pero a las cien varas dijo ella: tome la billetera. Entonces pararon y la soltaron. Le dije al güitre: ahora van a estar esos malos frente al hotel, pero la que se meta conmigo la persigno ligerito. No, no, no hagás nada; nosotros estamos buscándole el bien a Ud. y por nosotros no haga nada más...

—Carambas, tamaña historia. Pero dígame...

—Perdone, pero es que quiero terminarle el cuento, para que vea que yo soy más torcido que el palo de las gallinas. Al otro día, a las tres de la mañana, salí del hotel, tomé café en otro restaurant, y se me pone atrás una señora ya mayor que le diera plata para tomarse un trago. No friegue, deseara tener plata para tomármelo yo. Yo con el cuchillo en la mano; iba así para abajo con la mujer y otros señores que aparecieron, cuando yo que venían dos muchachos en la otra cuadra, ahí por donde están las paradas de las cazadoras. Yo platicando con los señores cuando llega ligero uno de los individuos, de camisa amarilla, y me mete la mano en la bolsa y me saca la billetera.

Y agarra en carrera. El otro condenado se quedó espiondo. Tan a la carrera se fue que no pude ni darle con el cuchillo siquiera. El condenillo zafó con la billetera, allí buscando como para la Tracopa. Después llegaron otros. ¿Qué le pas a Ud.? Yo no podía dejar las cosas que traía, la ropa y el cuchillo, con los otros porque también me los aventaban. Pues se llevaron la billetera; pero la plata ya la tenía yo bien envuelta en el pañuelo, amarrada en la bolsa de atrás. Se perdió siempre la cédula, la billetera y la santica Santa Teresita. Hombre, dijeron dos señores, si hubiera gritado Ud. nosotros lo hubiéramos parado. Pero no acaté y no se veía un güitre a esa hora, las cuatro de la mañana.

—¿Qué fregados esos. Bueno, y a propósito de Santa Teresita, díganos. ¿Cuándo va Ud. a Cartago le hace visita a la Virgen de los Angeles?

—No; solamente que tenga la promesa voy. Ve, cuando me acuerdo si le pido a la Virgen que nos tenga alentados, que nos ayude en el trabajito. También cuando me levanto rezo todo lo que pueda.

Continúa...



La mayor, Piedades, de 18 años.

Así vivimos los ticos

"Este año no les traje nada el Niño a los güilas, ni juguetes. Sólo hicimos unos tamalitos, para el Año Nuevo..."

Con unos tragos me siento un tigre completo. Un tigre y nada hace uno... Un par de cañazos en este punto tan helado hacen falta...

—¿Compra Ud. lotería? ¿Qué cosas haría de sacarse el gorro?

—Sí compro. Idiay, de sacarme haría todo lo posible por comprar una finca para que haya trabajo para la familia. Le compraría en clima cálido, que es mejor para vivir.

—¿Quiere que sus hijos sean carboneros?

—Ah no, no. Me gustaría que fueran de otro oficio, aunque mediano; que trabajaran en la agricultura, que es lo mejor.

—¿Tiene amigos entre la gente de plata?

—Muy pocos hay por aquí. Bueno, como los de donde compro, o los Gómez de abajo. En el gobierno sí tengo amigos.

—¿Les ha hablado de su deseo de cambiar de trabajo?

—Ah no; nada. Ni me han ofrecido ellos nada de ayuda. No me han dicho "si te veo volcado te doy la mano para que te pares", nada.

—¿Cuando viene con la comedera al hombro por la carretera, lo "alzan" los carros?

—Ah sí, casi siempre. Es muy raro que no lo hagan. Bueno, muchas veces hemos tenido que venirnos a pie.

—¿Cuando ve Ud. un jeep o un carro corriente, no le dan ganas de adquirir uno?

—No, en ese sentido no. Es que no hay el medio de comprarlo. El otro chiquillo estaba con una idea, que ojalá tuviera plata para comprar un carrito y defenderse él. Ellos tienen más ideas para manejar que yo que tengo tanto de estar de guarda aquí en la carretera. Hombre, ¿por qué no se va a pie para San José Ud. y nos deja el vip ahí? Así aprendo a manejar yo... a echarlo en un guindo!

—Con mucho gusto. Ahora pasemos a la ropa. ¿Cuánto le dura un pantalón?

—A según el uso. Pero el año ya está para pegarles el remiendo. Lo más un año. Yo compro si acaso uno al año. Pero siempre tengo ropita para salir. Nos han regalado muchas prendas. Aquí vienen unos de San José a regalar la ropita para el día del Niño.

—¿Estrenan para Navidad?

—Siempre cuando hay la facilidad. Cuando no, nos quedamos como estamos. Este año no hubo palta y no les traje nada a los chiquitos, ni juguetes. Solo hicimos unos tamalitos, para el año nuevo. Nosotros no ponemos portal.

—¿Le gusta el licor a Ud.?

—Cuando lo hay, que sea regalado, sí, porque no alcanza la plata. Me gusta pero no para emborracharme; antes sí me socaba.

—¿De cuál guaro tomaba, de la fabrica o de contrabando?

—Antes me gustaba el de contrabando, ahora no, aunque lo haya. Por aquí no hay sacas.

—¿Cuando está medio chispeado, ¿cómo se siente?

—Ah, un tigre completo! Un tigre y nada hace uno. Si le gusta a uno, porque un par de cañazos le calientan la sangre. Y en este punto tan helado, hace falta.

—¿Le gustaría tener bastante plata?

—Sí, como para vivir uno tranquilo. Tener la ropita de la familia y un cinco por si se enferma la familia, ir uno a San José sin problemas.

—¿Si tuviera bastante dinero iría a conocer otros países?

—Ah, eso sí que no. Yo con dinero, ya le dije, compraría una finquita, pero no me llama la atención conocer otros países. Ve, como Puntarenas sí me gustaría conocer; yo conozco Limón solamente. De aquí conoce Puntarenas uno de los muchachos, que se fue con un bandido de Oreamuno, que nos pegó un cuetón con lana que sacamos. Se la llevó y eran un montón de sacos 20, a 8 colones cada uno y solo nos dejó veinte colones. Yo vuelvo a llevar más, dijo. Total, perdimos la que se llevó y la que sacamos después porque el nos dejó esperando. Ese demonio nos engaña. También se llevó cuatro sacos de espárragos, para adornar. Un tal Orlando... aquí tengo el nombre completo.

—¿Y qué otros lugares conoce?

—Ni Alajuela siquiera; solo San José, Cartago, Limón y a-

quí para adentro, Cajón que llaman, en el General.

—¿Ha tenido oportunidad de hablar con el Presidente de la República?

—A mis años ni lo conozco. Solo a Calderón Guardia conocí. Ni a ningún candidato.

—Si llegara el Presidente a su casa, ¿qué le diría?

—Ah, le diría todas las verdades de como pasa uno aquí. Le diría la verdad, aunque me llevarán ligerito a la cárcel. Le diría que siendo el Gobierno y que pudiendo favorecer a los pobres, que debe favorecerlos. Que nosotros tuvimos muy buena voluntad para él. Con buenas palabras, tratando de no alterarse uno.

—Si el Presidente le diera algunos consejos, ¿le haría caso?

—A según le dijera uno. No irse uno de bruces tampoco.

—¿Y Ud. le daría algún consejo al Presidente?

—Bueno, le diría que hiciera colonias buenas, que hiciera casas y que le diera a uno donde trabajar, en buen clima. Es el medio.

—¿A Ud. le gustaría vivir en San José?

—Habiendo el trabajo, con todo el empuje. Yo andaba buscando trabajo, una casita, un ranchito.

—¿Cree que se hallaría allá?

—Va y si no!, con trabajo y casa. Como dice la mujer, es mejor ir para afuera que no para adentro. Es que ella fue a pasar a San Isidro y encontró muy caliente.

—¿A Ud. no le molesta el ruido de San José?

—Por la bullilla de los carros y eso? No. Ni tampoco el humo. Ve, el humo del carbón, el polvillo, si es malo. Por eso yo quería salir de ese oficio, por no forzar los chiquitos.

—¿Hay muchos carboneros?

—Ah, más de uno. Yo creo que a todos les gustaría cambiar de oficio. Ojalá que hubiera lance de trabajar afuera, aunque fuera en construcción, me han dicho.



"Terminaría con ese montón de riñas que hay en San José... Y pondría a trabajar a todos los vagos, como cuando don León Cortés...".

—Bueno, y que le parecen las nuevas modas de las muchachas como la minifalda?

—Eso es lo último ya. No me dan ganas de espiarlas siquiera porque como ya uno es viejo, duro de pelar... No me ilusiona nada de eso. Tampoco me gusta eso del pelo largo; mal sistema ese. Ojalá pelarse ahora a lo garzón, como antes. Blanca la nuca. Pero esa pelusada atrás, no. Uno de la Tabacalera que llegó allí a la pulpería, dice: ustedes que viven en lo frío, pueden dejarse el pelo. Esa es la moda ahora. No jodan, les dije, esa cochinada de pelo es muy fea. No puede ni lavarse bien la nuca atrás. Y cuantos he visto yo en los carros manejando y dice uno: esa es una mujer. No viendo que son varones.

—Bueno, Cristo y los apóstoles andaban con el pelo largo; ¿qué le parece a Ud.?

—Idiay, yo no sé en qué consiste eso. Será que a los santos si les cae eso, porque los santos

sin pelo no sirven... solo San Antonio!

—¿Ha oído hablar Ud. del control de la natalidad?

—Eso sí, por radio. Me parece muy necesario. Estaría de acuerdo en estudiar esa cosa, que es necesaria. ¿No ve a uno lleno de familia y tan pobre?

—Bueno, y para terminar con esta confesión, si Ud. fuera así como Presidente de la República, que sería lo primero que haría?

—Pues como decía don León, poner a trabajar a los vagantes, esos que andan para arriba y para abajo sin hacer nada; mandarlos a una zona en donde puedan producir. Para que haya comida para todos. Terminar con ese montón de riñas, hombres y mujeres, que hay en San José. Con el perdón de ustedes, que son de allá.

Madreselva, 23 de marzo de 1972,



El centro de La Trinidad de Dota. En la pulpería de don Crispín adquiere los víveres nuestro amigo Francisco Vega Vega. "Doble Vega por sí se me pierde uno...", afirma sonriente.

El mundo de los carboneros

Entre neblinas y fríos intensos, con la Lovizna pertinaz sobre sus espaldas, viven los carboneros a lo largo de la carretera interamericana, sección alemana al temible Cerro de la Muerte. Desde muy tempranas horas van a macho al hombro, machete al cinto y cabizbajos, envueltos en trapos, a cumplir con lo que consideran su deber para el diario sustento. Y estoicamente soportan las inclemencias del tiempo y otra cosa, la andanada permanente de quienes ven, con justa razón, que nuestros hermosísimos bosques de robles y encinos desaparecen convertidos en sacos para alimentar anafres. Sí, por un lado un trabajo duro y "sólo para hombres"; y por el otro, las críticas de siempre.

¿Y qué se puede hacer? He aquí un problema para que le encuentren solución los políticos nacionales. Pero ni siquiera lo intentan, no sea que por encontrar un camino para detener la tala de árboles, pierdan algunos votos. Sin embargo, si e-

sos políticos conversaran con los carboneros, verían que están deseosos de un cambio favorable para todos. Ellos dejarían el clima duro y el trabajo agotador y dañino para la salud, y el país conservaría los robledales. Pero, ¿cómo hacerlo? Colonias bien planeadas por el .. ITCO, con ayuda económica mientras pueden andar por sus propios pies, sería la solución ideal. Por otra parte, cabría una explotación racional de los bosques, con la tala de los árboles grandes, a fin de que los medianos y pequeños puedan desarrollarse. Es bueno recordar que los robledales que no ha hollado el pie del hombre son inmensos y cubren, prácticamente, todas las faldas de la cordillera de Talamanca hasta los límites con Panamá.

Pero eso es cosa, repetimos, que deben resolver los gobernantes. Nosotros nos limitamos a señalar este mundo de trabajos arduos, con levantadas a tempranas horas, largas jornadas para "apiar" los palenques, trabajo cansado de preparar la



Concluida la carbonera, se procede a encender la leña por el orificio del frente. Se le deja un respiradero por detrás para que la quema sea pareja. Una carbonera corriente tarda entre ocho y diez días para estar debidamente quemada y lista para ser ENSACADA.

leña para las quemas; y una vez hechas éstas, la espera larga de ocho o diez días en que el fuego lento va convirtiendo el árbol en carbón. Luego, la "ensacada", labor que consideran la más peligrosa, no solamente por el polvo fino que se va hasta los pulmones, sino porque el hombre se acalora y cualquier viento frío, tan frecuente en aquellas alturas, puede producirles una seria lesión a la salud.

Y no terminan ahí las calamidades de los carboneros. Luego viene la venta, que se hace por un precio que apenas les

permite medio vivir. Una semana de intensa labor produce entre 50 y 75 colones nada más. Y cada día los comestibles, que adquieren en tal o cual pueblecito a la vera del camino, o en Cartago, valen más. "Con 75 pesos no se ve en el saco de manta lo que uno compra. Y tanto que comen estos fregaos". Sí, apenas para medio comer. No queda nada para diversiones; para ir a un pueblo y pasar el rato en este o aquel centro social. El carbonero vive solitario, metido en su casa o rancho, con fríos intensos a todas ho-

ras, con una alimentación inadecuada, con falta de centros escolares para que sus hijos, que trabajan desde los siete u ocho años, pueden aprender y "no quedarse redondos como nosotros...". Vida sí de eternas privaciones que podría cambiar, y cambiará, cuando un gobernante ponga los pies en el suelo, aplique el sentido común, y proponga el remedio, que será un bien para estos hombres sufridos y callados, y para el país porque explotará racionalmente la riqueza de sus bosques. Pero, ¿hasta cuándo?



Esta es la "carga", lista para recibir la tapa, o sea que se cubre con hojas y tierra, antes de encender la "quemá".



Una carbonera, a la entrada de una finca en formación. La fotografía fue captada camino a San Gerardo de Dota.

Las manzanas de La Cima

- Deliciosas y abundantes.
- Compiten con las importadas.
- Más de trescientas libras en un solo árbol.

En la Cima de Dota, fresco pueblecito asentado en lo que los geógrafos llaman Fila de Bustamante, se producen abundantes y deliciosas manzanas, que compiten exitosamente con las importadas de Guatemala. Un solo árbol —el más "anciano"— que tiene 30 años y se ve vigoroso y "llesítico" de frutos, puede producir hasta trescientas libras, que sus propietarios venden a un precio promedio de tres colones libra.

DE BELGICA

Hace unas tres o cuatro décadas el señor Paul de Liens trajo de Bélgica la semilla de estas manzanas de La Cima. En una finca cercana a la de don Dionisio Serrano el señor de Liens sembró los tallos o ramitas, que encontraron tierra y climas propicios para un desarrollo adecuado. Desde entonces los arbolitos se han multiplicado, pues el cultivo es relativamente fácil, ya que basta sembrar una estaca pequeña para que rápidamente crezca el árbol.

DE VISITA EN CASA DE DON DIONISIO

En la pintoresca Cima, situada a corta distancia de la carretera interamericana, por el sector conocido como El Cañón, vive un patriarca de los que ya quedan pocos en el terruño. Don Dionisio Serrano es su nombre y su prole es grande y chapada en las reglas del viejo molde. La casa de don Dionisio, entre potreros, está sombreada por los árboles de manzano. Para quienes nunca hemos visto un cultivo similar en nuestra tierra, pues es de sobra sabido que las manzanas se importan no solo de los Estados Unidos sino de Guatemala, resulta una sorpresa ese plantío lleno de vitalidad, en donde cada árbol se ve completamente lleno del delicioso fruto. Don Dionisio explica que esos arbolitos fueron traídos del predio del señor de Liens, y que el primero de ellos, el que se destaca a la entrada de la casa, tiene ya más de tres décadas y todavía produce muchos quintales de manzanas. Del "abuelo" de este han salido todos los demás, que en total suman un centenar.

LA CALIDAD

Si bien la cosecha está todavía cele, don Dionisio y sus hijas nos invitan a degustar algunos de los frutos "que se ade-

lantaron", manzanas de agradable sabor, no tan ácidas como las de Guatemala, y de pulpa jugosa. En verdad son de buena calidad, quizás un término medio entre las guatemaltecas y las de California. En términos generales las frutas son muy aceptables.

GRANDES PERSPECTIVAS

Como es un cultivo muy sencillo, ya que basta enterrar la estacuita y mantenerla libre de malezas mientras se desarrolla, y el lugar es de lo más apropiado para una plantación en gran escala, la verdad es que a los ojos del redactor el asunto se presenta como de grandes perspectivas, en caso de que los cimientos lo tomen en serio. Por ahora parece ser que el Sr. Presidente de la República, gran amigo de don Dionisio, ha pensado en ello en sus repetidas visitas al lugar. Y para hacer una plantación grande adquirió una finca que colinda con la del señor Serrano, en donde comenzará la experiencia con unas mil quinientas estacas, conseguidas en viejos árboles de la región. Un arbolito tarda seis años para la primera cosecha; a los diez años se puede decir que ha llegado a la plenitud y es cuando se obtienen cosechas de tres, cuatro o más quintales. Multiplíquese esto por la cantidad de árboles y se verá que la cosa es halagüeña. Por otra parte, el cuidado que se le debe dar al manzano es de limpieza, tanto de maleza como de lana y parásitos, fumigación contra plagas y algún abonamiento. Nada más. Con que, a imitar a don Pepe y a sembrar manzanas para ayudarnos a que disminuyan "más que sea un tantico", las salidas de divisas para la época manzanera por tradición: Navidad.

Y en La Cima hay mucho terreno desocupado que puede cultivarse, ya que el manzano crece en tierra que no es buena para otros cultivos, según nos lo afirmó el hijo de don Dionisio, Adán Serrano. Ah, y es magnífico el lugarcito para el cultivo de otras frutas, como los melocotones. Al respecto, el Ministerio de Agricultura hace experimentos tanto en La Cima como en Providencia, San Gerardo y otros lugares del cantón de Dota. Quién quita que sea este en un futuro cercano un renglón de producción no solamente para el consumo interno sino para enviar fuera. Idiay, todo puede suceder. La cuestión es poner manos a la obra hoy mismo.



Arbol de manzana en finca propiedad de Dionisio Serrano, en La Cima de Dota. Observan la excelente cosecha el amigo Manuel de Jesús —Polo— Ureña y don Dionisio, a la derecha. Treinta años de producir excelentes frutas tiene este viejo manzano, y ha dado cosechas hasta de quinientas libras.



El Ministerio de Agricultura está en labor experimental en la zona de La Cima, Providencia y San Gerardo, en el cantón de Dota. El señor Adán Serrano observa un extraño fenómeno que se presentó en un injerto reciente. No ha "sanado" el trasplante y ya hay una hermosa manzana de California. Se debe esto al hecho de que se trasplantó una ramita que estaba a punto de florecer.



Centro de La Cima, el pueblecito con excelentes condiciones para el cultivo de manzanos.